

“Espacio Cultural Contemporáneo: Una reflexión sobre la diversidad multiétnica en la sociedad democrática”

Lic. Mariano Juan Garreta⁽¹⁾

Es de importancia central ante las transformaciones socioculturales a las que asistimos, advertir que en ellas, por una parte podemos leer profundas modificaciones y a la vez detectar persistencias y reiteraciones.

No es ocioso, entonces intentar en forma sistemática y con la rigurosidad de la que seamos capaces repensar la problemática de la cultura y de las consecuentes decisiones que corresponden a los responsables de su gestión. Reiterando la imperiosa necesidad de poner un foco orientado en la íntima y a veces olvidada relación que esta problemática mantiene con el estratégico campo de la educación formal y la acción educativa en general.

Resulta obvio afirmar que el mundo, la región y el ámbito iberoamericano se encuentran en una etapa de fuertes transformaciones, quizá no todas deseadas o del mismo valor. E independientemente de las lecturas que amerita el tan instalado y polisémico concepto de globalización, cabe aceptar que el espacio cultural contemporáneo es cada vez más heterogéneo, complejo y cambiante.

América Latina nació como síntesis cultural entre la Amerindia y las culturas ibéricas en el momento del desarrollo de la modernidad renacentista y barroca. Su situación conflictiva desde los orígenes estuvo signada por la necesidad de asumir una modernización que amenazaba su identidad, esfuerzo potenciado por avatares de una modernidad cambiante en sus centros generadores. La Ilustración borbónica, conmovió las estructuras políticas y fue en parte causal de los movimientos independentistas. A partir de allí se hicieron sentir las influencias del romanticismo, el liberalismo y el positivismo, a las que siguieron en muchos de los países de la región, ya en este siglo formas de modernización alentadas por una propuesta nacionalista y popular. Llegamos al momento actual en la que enfrentamos una modernidad neoliberal en lo económico y posmoderna en lo cultural.

Si bien los países iberoamericanos han optado por una modernización que ellos no han generado, la opción debe entenderse como una forma que no implica un único modo de vivir los valores modernos, ya que no puede tratarse de una simple mimetización o una mera asimilación, mas bien deberíamos pensarla como un intento de re-creación de la modernidad a partir de la propia identidad cultural

En, lo que hace a la globalización, una de sus lecturas posibles consiste en considerarla, simplemente una "financiarización"; esto es, el resultado que produce la aplicación de medios electrónicos, para que en tiempo real se materialice la capacidad de transferir capitales virtuales de un espacio a otro del planeta sin dilaciones temporales.

Otra acepción, más conceptual y quizá más confusa, tendería a concebir el proceso de globalización como el fenómeno cuya característica principal consiste en la relativización de valores, en parte debida a la interacción y comunicación entre grupos culturales en el marco de migraciones, casi inevitables o forzosas, no siempre voluntarias ni coronadas por el buscado éxito económico, o una integración socio cultural armónica.

La sociedad compleja contemporánea no puede cerrar sus ojos ante el proceso de continuas desterritorializaciones que potencian el desarraigo cultural de grupos que migran en busca de un sentido de la vida perdido aún en sus territorios originales por la apelación que otras formas de vida producen desde la comunicación o la anomia.

A este respecto debemos hacer una última acotación, la globalización es un problema que existe e interactúa de modos diversos con determinados niveles de la realidad - financiera, económica, institucional- que naturalmente incluyen los problemas culturales. (GARRETA: 1999)

Pero, si nos atenemos a la Historia, que es la forma de memoria sistematizada que nos ofrece del estudio del pasado la academia universitaria occidental, los grupos humanos, los pueblos, los estados antiguos y las tribus, los imperios y las naciones (y el desorden cronológico es intencional) independientemente de sus grados de dependencia o sometimiento respecto de los poderes externos que intentan o logran dominarlos, mantiene siempre grados de autonomía o libertad y por ello se puede y se debe reflexionar acerca del fenómeno de lo que hoy se llama globalización con actitudes un tanto menos apocalípticas.

Ya que esta última crisis de la modernidad ha puesto en cuestión la absolutización de la razón, totalizante, reductiva y sistemática y ha abierto el espacio de la alteridad, irreductibilidad y diferencia de los individuos, los pueblos, las culturas y las distintas dimensiones culturales. Por otra parte, el fin de los metarrelatos ideológicos liberó el goce del presente y el aprecio de la vida y felicidad cotidianas, que muchas veces se sacrificaban a futuros utópicos o a proyectos ideológicos.

Resulta positivo que esta relativización de los proyectos hegemónicos o la revisión de una forma exclusiva de proceso socio cultural nos obligue a enfrentar, con el desafío que ello significa, un crecimiento exponencial de actores sociales y culturales, que hasta hace apenas una o dos décadas permanecían invisibilizados por los proyectos homogeneizadores.

Estos actores socio-culturales encarnan tendencias, memorias, tradiciones elementos culturales a veces desarticulados, con distinto origen y significación. Ello no obsta para advertir que resultan emergentes válidos de diferentes maneras de percibir, sentir, valorar, pensar, organizar, controlar y reproducir lo real.

La multiculturalidad y la multiétnicidad se manifiestan en un número creciente de escalas de la vida social y conforman el trasfondo novedoso que desafía las tareas de acción educativa en todas sus áreas.

Este fenómeno emergente crea situaciones de incertidumbre y requiere la necesidad de reflexionar acerca de los conceptos que han sustentado las actuales políticas a los efectos de recabar de ellos nuevas respuestas ante nuevas situaciones. De no afrontarse este desafío se corre el peligro de repetir mecánicamente viejas fórmulas para resolver nuevos problemas.

Todos los educadores y en especial los responsables de los niveles de gestión debemos agudizar la capacidad perceptiva, el sentido crítico, las facultades creativas y la capacidad para repensar la implementación de valores trascendentes en un mareo cambiante de aplicación de los mismos.

Cuando nos referimos a las nuevas variables que introducen modificaciones y transformaciones en los escenarios y en la misma vida de los actores de la vida cultural de los pueblos, debemos hacer referencia a:

Una primera y general tensión que se evidencia entre las alternativas y contradicciones a veces complementarias que produce la interacción conflictiva entre proyectos globalizadores y proyectos locales o regionales. Nótese de paso si correspondería hacer referencia, y ésta es una pregunta abierta, acerca de la posible, deseable sobrevivencia o pertinencia de los proyectos nacionales.

Ya que según estudiosos del tema (SMITH 1997) las probabilidades de superar y reemplazar la referenciación identitaria respecto de la nación es remota. El creciente cosmopolitismo no entraña necesariamente la decadencia del nacionalismo y el nacimiento de áreas o regiones no disminuye la influencia de las identidades nacionales. Los seres humanos, interactuando desde sus complejos mundos simbólicos reelaborando sus referentes y elementos culturales son capaces de generar identificaciones colectivas múltiples. Pareciera que no hay nada que impida que los grupos se identifiquen simultáneamente, por ejemplo (en un caso particular y personal) con Banyoles, Catalunya, España y Europa y por ejercicio profesional, hayan producido una particular relación de empatía con Centroamérica, o se sientan yoruba, nigerianos y africanos. Y cada uno de nosotros puede hacer el ejercicio de esta pertenencia a sucesivos círculos concéntricos de lealtad.

Complementan con efectos diversos este proceso la emergencia de proyectos de integración subregional en el ámbito de unidades político administrativas hasta el momento consideradas menores. Estos fenómenos inciden en particular sobre la referenciación identitaria tradicional y la sensación de pertenencia particular dentro de la generalidad territorial nacional o continental. Elemento directamente relacionado con las orientaciones cotidianas, en la que hace a la contención y ámbito de requisición y salvaguarda de derechos en el marco de una creciente aceptación de los valores de respeto a las normas de convivencia propias de una sociedad democrática

El aumento de las diferencias y desigualdades socio-culturales, por un lado debidas a una modificación regresiva en la distribución de los bienes tangibles e intangibles, y por otro a las nuevas visibilidades multiétnicas y multiculturales a que hemos hecho referencia.

Estas emergencias identitarias en muchos casos producen confrontaciones.

El impacto de la industria cultural, los medios masivos de comunicación y en un a creciente aunque aún minoritaria escala, influencia de la informática en la vida cotidiana de los grupos culturales potencia la confrontación con la diversidad.

Esta confrontación con este "Otro" polimorfo variable y caótico, es el disparador de la inquisición acerca del "sí mismo" como tal y puede conformar uno de los pilares de la situación inicial de un replanteo acerca de la eficacia de los elementos culturales vividos como propios. Otra de las respuestas puede consistir en la reafirmación acrítica de los mismos como espacio de resistencia o autodefensa de una mismidad amenazada desde el aumento exponencial de los horizontes de sentido alternativos al que hasta el momento soportaba el propio.

Dentro de las problemáticas específicas a los medios urbanos, que adquieren relevancia creciente por la potenciación de los movimientos migratorios hacia los márgenes de las grandes ciudades de amplios sectores de sociedades rurales o campesinas, deben mencionarse por su importancia, el desempleo, o desocupación en un marco de violencia e impunidad, con especiales resonancias en la cultura de los jóvenes, los que, recordemos son uno de los sujetos centrales de las políticas y acciones educativas formales y no formales.

Asistimos a la emergencia de formas relativamente impredecibles de expresión política. Una nueva categoría que los cientistas políticos podrían denominar como liderazgos populistas extra políticos. La participación política formal a través de la emisión del voto, está más referida u orientada por y desde los medios de comunicación masiva, que intermediada y organizada por los partidos políticos o las organizaciones corporativas; algunas de las que, de tradicionales han pasado a ser cristalizaciones inestables, superadas por el debilitamiento del llamado voto cautivo, y las lealtades regionales y familiares. En relación con éste como con otros fenómenos culturales debemos consignar la alteración, redefinición y debilitamiento de los límites de los espacios públicos y el ámbito privado, que altera las relaciones personales y la debida interacción supuesta en el espacio educativo.

Esta transformación de las expresiones políticas está en parte ligada al retroceso de la capacidad de elaboración de convocatorias con respuesta mayoritaria desde perspectivas utópicas, las que alentaban y sostenían una diversa orientación respecto de la intervención grupal en los espacios públicos y ofrecían unos horizontes de sentido que en la actualidad necesitan o tienden a instalarse o elaborarse desde otros espacios de búsqueda individual o grupal.

La multiplicación de la oferta, las expresiones y adhesiones en el ámbito de la religiosidad que hasta hace pocas décadas emergía como monolíticamente homogénea hoy pone de manifiesto una diversidad cuya significación es aún objeto de análisis y controversia en nuestras sociedades.

Frente a todo este panorama habría que preguntarse, ¿qué ha sucedido en los últimos diez o quince años en y con los mecanismos de expresión cultural y con la relación entre cultura sociedad y estado? (CASTELLS: 1983)

En términos generales podemos resumir algunas de las transformaciones que se han dado en el campo cultural:

Se superó definitivamente el límite que definía exclusivamente a la cultura de élite como símbolo de pertenencia de un sector privilegiado y se concreta el reconocimiento de la existencia de una cultura de masas comercializada. Obviamente esto no significa que hay una validación acrítica de toda producción, simplemente resulta imposible desconocer su presencia, influencia y capacidad de interactuar con conductas grupales no sólo en lo que hace a su consumo, sino a su incorporación al inventario signico y como complemento de representaciones e instalaciones de mundos simbólicos.

La sociedad, en general y los grupos étnicos, regionales o migrantes plantean como reivindicación la provisión de servicios culturales o por lo menos el derecho a reclamar un espacio de instalación de sus propios elementos representativos. Esto produce un cambio importante en el campo de la cultura y en la demanda de servicios educativos, porque si bien hay desde siempre servicios comercializados de acceso tradicional por parte de las elites, en la actualidad muchas demandas culturales se conciben como un servicio social en estrecha relación con el modo y el nivel de vida de los sectores populares. La satisfacción de estas demandas exige una mayor presencia de las instituciones, pero a la vez esto hace que el estado en su gestión se convierta también en un filtro que opera a través de la instalación del aparataje de la cultura. Este efecto igualmente resulta positivo ya que aumenta el acceso de una mayor parte de la población a bienes y servicios culturales pero con el sesgo de la lógica estatal en cada caso.

Esta ampliación de los espacios para la instalación de formas de comunicación simbólica pluricultural incluye junto al contenido del código, el mismo instrumento de transmisión y crea el contexto de recepción. La demanda respecto de las instituciones que ofrezcan estos espacios está en relación con un plus de validación que otorga la calidad de quién reconoce como pertinente la particular expresión.

Un aspecto complementario de estos procesos es el que a la burocratización y al control político estatal creciente de las manifestaciones culturales, se opone la demanda creciente de autogestión y autoproducción de contenidos culturales.

Igualmente esta ampliación de la demanda, la producción y el consumo de bienes y servicios culturales genera procesos contradictorios. En la medida que la cultura de elite comienza a ser consumida en forma masiva, ésta tiende a generar códigos más impenetrables o más exclusivos para dificultar su traducción a las formas masivas. Y por otra parte se advierte una ampliación demasiado generalizadora de la definición de lo cultural que genera la banalización y la instalación contingente de elementos efímeros, en paralelo a una lógica de consumo de lo descartable, de algunas de sus expresiones.

Para retomar un tema adelantado en términos de procesos generales, en el campo de la cultura en particular asistimos a la tensión que se produce entre la uniformación de algunos códigos culturales y una diversidad creciente de las formas culturales.

* Junto a los medios de comunicación de masas como la televisión y la radio, conviven formas descentralizadas como el cassette, el vídeo y la televisión por cable o satélite. Investigaciones empíricas realizadas en Italia han puesto en evidencia que la unificación del lenguaje en ese país se ha debido especialmente a la influencia o a las mismas necesidades de la televisión. Se sabe que el italiano tal como lo conocemos es el lenguaje de la clase media urbana y no el medio de comunicación oral de la aristocracia ni de las clases populares, que eran siempre los dialectos regionales. La unificación de estos lenguajes no se ha producido como tendió a creerse, fundamentalmente a través de la escuela pública.

* La uniformación produce otro efecto alternativo, por una parte en amplios sectores del mundo se está pendiente o se conoce casi contemporáneamente que está sucediendo en una serie televisiva de difusión generalizada, al tiempo que surgen contrareacciones en el sentido de orientarse hacia una diversidad cultural cada vez mayor y hacia una reivindicación de la autonomía y la especificidad cultural, en especial en la participación y reclamo de espacios para la definición de los contenidos culturales que se consideran propios y con los que se interactúa.

Si como tantos otros períodos de la historia el presente se instala como crítico, nuestra pregunta frente a esta situación es: ¿Cuál es entonces el papel de la cultura? porque entre otros elementos el sistema de educación formal de todo grupo humano abreva, se nutre y otorga sentido a su manera de vivir, al proponer "su" solución cultural.

En este punto es necesario introducir un problema central que es el que plantea la necesidad de explicitar la forma en que cada uno de nosotros se contesta la pregunta:

¿Qué es el hombre, o cual es el mapa de la naturaleza humana con que contamos?, porque según sea la respuesta se puede prever qué universo cultural y educativo se construye desde allí.

Porque la sociedad en que vivimos, la sociedad humana como una instalación simbólica no opera directamente sobre la realidad, sino a través de modelos (que podemos describir como mapas mentales que contienen diversas herramientas simbólicas, relatos fundacionales, representaciones teóricas, marcos epistemológicos y esquemas) que orientan nuestra percepción, influyen en nuestras conductas y establecen las claves argumentales de las "buenas" formas de pensar y actuar en el mundo. Son las formas que nos han venido diciendo cómo guerrear, cómo seducir, cómo y qué cazar, la forma de saludar al amigo o al en principio desconocido, o cómo mandar una nave a Marte... Independientemente de su innegable validez en cada situación su eficacia es contingente, porque estos modelos son construcciones sociales e históricas, aunque se impongan e incorporen de tal manera que pueden ser vividos como naturales y eternos.

Aldous Huxley ha dicho que somos "víctimas y beneficiarios de nuestra propia cultura".

Este es el peligro de encarar en forma mecánica y carente de sentido crítico una situación de crisis como la que venimos describiendo, refiriéndonos a un modelo cultural cerrado, en el cual estamos "naturalmente" inmersos, pero tan identificados al punto de confundir nuestra modelo con la realidad.

Para desarrollar un breve esolío acerca del término y el concepto de Cultura, quizá convenga recordar que desde un punto de partida etimológico en su origen la polisémica palabra está relacionada al cultivo de la tierra (*cultus*) con todas sus implicancias, la transformación de la naturaleza a partir de contar con técnicas y herramientas, continuidad en los cuidados por parte de un grupo humano, que con una determinada organización interna, ha generado un sistema de convivencia, que entre otras cosas ofrece rituales a sus dioses y ha observado el firmamento y memorizado un orden astronómico, en el que reconoce regularidades que le permite predecir los cambios estacionales, festeja la cosecha anual y sacrifica ante deidades para aventar los temores a la desgracia o la catástrofe.

Al mismo tiempo el término está ligado a *collo*, habitar, en el sentido de ocupar un mundo -un orden- creado por la comunidad que humaniza un territorio, un suelo que es modificado a través de un complejo sistema de apropiación material y simbólico. La expresión nace asociada a la acción de transformar la naturaleza por medio de una serie de convenciones que la comunicación permite transmitir como legado y perpetuar en el tiempo, transformando un hecho aparentemente técnico o meramente funcional a la reproducción alimentaria, en un hecho social total que transcurre en la vida cotidiana, que incluye la participación y se completa en la posteridad adquiriendo siempre, en formas diversas sentido trascendente.

Con el tiempo y el desarrollo histórico del mundo europeo occidental, este significado terrenal y comunal, ligado al mundo doméstico, al pago, la querencia, un espacio cultural muy concreto, se fue desplazando hacia otros cultivos, el de la conciencia racional, con sus variantes científico tecnológicos, o referida a otras concreciones del mundo del espíritu, en especial al desarrollo de las bellas artes, la música autodefinida como clásica y la gran literatura. Esta visión obviamente restringida comienza a instituirse en la Europa cristiana a partir del Renacimiento y al afirmarse se torna excluyente en detrimento de muchos otros cultivos relacionados con los saberes y los modos de ser de las clases subalternas. Esta persistencia del concepto con un sentido aristocratizante puede llevar a la escisión del individuo, en este único sentido, "cultivado" del resto de la comunidad a la que realmente pertenece.

A partir de la expansión del Occidente sobre América, Asia y África esta exclusión se traslada a los modos de saber y ser de los pueblos extra europeos, no cristianos, y por extensión no civilizados.

A mediados del siglo XVIII se generaliza el empleo de lo "cultural", como opuesto a natural y el término cultura se afirma como sinónimo de perfección espiritual incorporándose al discurso hegemónico aportando la idea que la humanidad pasa naturalmente por tres estadios evolutivos que se suceden linealmente: salvajismo, barbarie y civilización. En este decurso se produce la estrecha relación entre cultura y civilización. Una forma particular de expresión cultural, la estética, en correspondencia con una determinada civilización, la de la sociedad europea occidental en sus versiones victoriana inglesa o burguesa republicana francesa.

Es a mediados del siglo XIX cuando surge la Antropología como una serie de disciplinas orientadas a describir, analizar y desentrañar el sentido de la creciente documentación acerca de la enorme cantidad de otros pueblos, con costumbres, relatos fundacionales, dioses, rituales, religiones,

sistemas de parentesco, lenguas diversas pensables como comparables algunas entre si, otras con las de la misma Europa, y algunas, aparentemente inexplicables. Es la Antropología la que intenta atrapar esta diversidad con un concepto que llegue a dar cuenta de la multiplicidad desde una visión holística, de allí el inicio de un replanteo del término cultura desde ahora nuevamente orientado a dar cuenta de esta serie de fenómenos, instituciones y elementos diversos, que se insinúan como comunes, en su particularidad, a todos los grupos humanos.

Gustav Klemm (1855) define a la cultura como:

"las costumbres, información y destrezas, vida doméstica y pública, en la guerra y en la paz, religión, ciencia y arte... (y que) se manifiesta, en las ramas de un árbol si están deliberadamente conformadas, la fricción de maneras para obtener fuego, la cremación del cadáver del padre fallecido, la pintura decorativa de un cuerpo humano, la transmisión de la experiencia pasada a la nueva generación".

Edward Tylor (1871) inspirado en la anterior afirma que la cultura es:

"ese todo complejo que incluye conocimientos, creencias, arte, moral, ley, costumbres y toda otra capacidad y hábitos adquiridos por el hombre en tanto miembro de una determinada sociedad".

Cien años después (KROEBER.Y LUCKHOHN: 1952) en una obra ya clásica, se registran y sistematizan 164 definiciones de cultura producto del desarrollo y complejización de las antedichas disciplinas que han construido la Antropología Contemporánea.

Estos autores distinguen seis tipos de definiciones, como el resultado de agruparlas de acuerdo a sus orientaciones principales:

Descriptivas: cuyo ejemplo paradigmático es la definición que hemos citado de Tylor.

Históricas: las que enfatizan la importancia de la herencia cultural en el marco de la tradición.

Normativas: en las que la cultura resulta un ideal orientador de conductas.

Psicológicas: que privilegian el estudio de la cultura en los comportamientos de los miembros de un grupo.

Estructurales: en las que la cultura resulta un significante universal, respecto del que cada una de las culturas particulares históricas son como significados.

Genéticas: definiciones que se centran en el estudio del origen y el proceso evolutivo de los elementos que conforman la expresión cultural.

De entre esta diversidad Kroeber y Kluekhohm concluyen que:

"La cultura consiste en patrones explícitos o implícitos, de y para la conducta, adquiridos y transmitidos mediante símbolos, constituyendo los logros distintivos de los grupos humanos,

incluyendo sus expresiones en artefactos; el núcleo central de la cultura se compone de las ideas tradicionales y especialmente de los valores que se les atribuyen; los sistemas culturales pueden, por otra parte ser considerados como los productos de la acción; por otra parte como elementos condicionadores para otras acciones”.

Para centrar la cuestión en un marco común recordemos que la UNESCO sugiere una síntesis cuando dice que: "La cultura definida únicamente a partir de criterios estéticos no expresa la realidad de otras formas culturales. Hay una tendencia unánime a favor de una definición socio antropológica de la cultura que abarque los rasgos existenciales, es decir, concretos, de pueblos enteros: los modos de vida y producción, los sistemas de valores, las opiniones, las creencias, etc."

Planteada desde esta óptica se hacen claros tres aspectos del concepto de cultura que lo recuperan como una noción valiosa.

Su universalismo, esto es, todos los grupos humanos tienen una cultura, afirmación que reafirma el carácter común de lo humano sin más.

La cultura es una evidencia de organización, ya que todas poseen una coherencia y una estructura propias, donde la generalidad de lo común a lo humano se traduce en la especificidad de los elementos, instituciones, lengua y costumbres propias de cada grupo.

La misma capacidad creativa del hombre, cada cultura es el producto, como resultado de un proceso temporal, del trabajo sostenido por sentimientos y esfuerzos para materializar los valores del grupo, la tribu, la comunidad, la región, la etnia o la nación.

Tratando de superar la limitación de enfoques parciales y siguiendo una propuesta que se ha venido desarrollando por un grupo de antropólogos (CARUTTI et.al 1975; SANTWLAN CUEMES: 1885, CARRETA, BELLEIJ: 1999) podemos proponer pensar el concepto de cultura como la forma integral de vida creada histórica y socialmente por una comunidad de acuerdo con la forma peculiar en que resuelve o entabla las relaciones:

Con la naturaleza, con el espacio natural que humaniza, el medio del cual extrae su sustento con el trabajo. Y por extensión el espacio que por sucesivas transformaciones llega a ser el resultado de una lejana mediación con la naturaleza como sucede en la actualidad en los medios urbanos.

De los hombres dentro o en el seno de su comunidad, como resultado de la relación que establecen y mantienen entre sí. En este ámbito de intersubjetividad aparecen las formas de participación social, lo festivo y el poder y la instalación de las formas de comunicación propias que sostienen desde la lengua una interacción privilegiada entre los miembros.

Las relaciones con otras comunidades, los encuentros y desencuentros. Las resultantes de dominio y subordinación.

La relación con el ámbito de lo sobrenatural y la presencia de una particular forma de concebir la divinidad y las maneras de construir, intuir o imaginar el misterio. Las articulaciones con lo que se considera sagrado o valioso en el mareo de la conducta prescrita como deseable

Todo ello para dar continuidad y sentido a la totalidad de su existencia, mediante una tradición que sustenta su identidad.

Desde esta perspectiva la cultura no aparece como un fin en sí misma sino como un medio creado por los grupos humanos para entablar con voz propia su diálogo con el universo, y se mancomunan sobre la base de sentimientos, valores, conocimientos y experiencias transmitidas a través de una lengua, recreadas de generación en generación, como capital cultural que actualizándose históricamente conforma los horizontes de sentido y las estrategias de vida compartidas (SANTILLAN GÜEMES 1985).

Es importante en las sociedades complejas contemporáneas atender a la diversidad cultural en la realidad de la convivencia no siempre armónica de los grupos que históricamente han permanecido o han concurrido en un territorio para construir el espacio nacional y el estado que lo rige.

Ya que volvemos a los temas del inicio de esta exposición, ¿cómo intersectan las lógicas estatales en espacios pluriétnicos o multiculturales?

Esto nos lleva al tema del control cultural, categoría que en sus enunciados originales fueron realizados a principios de los ochenta y teniendo como referencia a la sociedad mexicana (BONFIL BATALLA: 1992). El tiempo transcurrido y cierta especificidad no atenta contra la fecundidad de los conceptos que se articulan para esclarecer este problema.

Control significa: intervención gubernamental, manejo o dirección que otras instituciones o grupos con capacidad otorgan a la instalación, producción y facilidades de circulación de los elementos culturales presentes en una sociedad.

Son elementos culturales, los materiales, los organizativos, y de conocimiento, (saberes, lengua, y la capacidad creativa). Los elementos simbólicos que completan el horizonte de sentido del conocimiento referido. Y finalmente se incorporan los sentimientos y valores compartidos que incluyen como recurso, la subjetividad.

El control cultural no implica solamente la capacidad de usar o consumir un bien cultural, sino la capacidad y libertad para producirlo, reproducirlo e instalarlo sin que esta acción resulte objeto de discriminación o demérito.

La relación que se busca desentrañar es aquella que devela quién decide sobre qué elementos culturales.

Teniendo en cuenta que, independientemente de las interacciones, cada cultura tiene una estructura y una coherencia propia, que al articular una serie de elementos, otorga sentido y

continuidad a la existencia del grupo, siempre podemos distinguir en el campo cultural lo "propio" de cada grupo de lo "ajeno".

Un cuadro de doble entrada aparentemente muy simple en cada caso nos enfrenta con las decisiones propias o ajenas que se toman sobre elementos propios o ajenos.

Una cultura absolutamente autónoma, que es ya casi un caso ideal, es la que toma decisiones propias sobre sus propios elementos culturales. El caso opuesto, es una cultura impuesta en la que sus integrantes sufren decisiones ajenas sobre elementos culturales que tampoco les pertenecen.

En general en las sociedades contemporáneas en situaciones de multiculturalidad se asiste a situaciones intermedias representadas por las combinaciones que dan como resultado culturas enajenadas Decisiones Ajenas sobre Elementos Culturales Propios y culturas apropiadas Decisiones Propias sobre Elementos Culturales Ajenos.

Este esquema no debe considerarse en abstracto ya que se da en el marco de un proceso histórico que va introduciendo constantes transformaciones y renegociaciones de las posibilidades de acciones culturales por ejercer. Podemos pensar cuatro procesos básicos:

la capacidad de **resistencia** de una cultura autónoma,

la **imposición** que sufre una cultura sometida

la capacidad de toda cultura de **apropiarse** de elementos culturales ajenos.

la **enajenación** que sufre un grupo ante la pérdida de capacidad decisoria sobre elementos culturales propios.

Si pensamos en la lengua, ¿qué elemento cultural es más propio a una cultura? Cómo y quienes toman decisiones sobre este elemento cultural de muchos grupos étnico.

Esta pregunta se plantea en forma abierta porque puede recibir varias respuestas. Una de ellas proviene desde el ámbito de la justicia que protege los derechos de los ciudadanos en cuanto tales, como sujetos individuales de derechos y obligaciones políticas. Y otra, desde el espacio construido por los así llamados "especialistas en la diversidad".

Los antropólogos y otros profesionales como los lingüistas sociales y los educadores especializados en los temas que hoy nos convocan, son de los que se requiere, faculta y de los que se espera, amplíen el alcance de la imaginación de la sociedad abriendo con ello las puertas de la justicia procesual a grupos y personas a las que habían estado cerradas.

Los antropólogos, aún a pesar nuestro porque compartimos más dudas que certezas, creemos haber contribuido en los procesos de reconocimiento de la diversidad. Ahora bien, una vez echada esta luz sobre hasta lo no hace mas que unas décadas permanecía invisible -como planteábamos en un principio- ¿Cómo decide el conjunto de la sociedad el trato preferencial o formalmente igualitario de los miembros de estos grupos (RORTY:1996:279).

Si tomamos conciencia que se vive cada vez más en un enorme *collage* que resulta de pensar la diversidad cultural de un modo diferente al cine estábamos acostumbrados (GEERTZ:1996:90), quizá debiéramos pensar que los problemas que crea el multiculturalismo no justifican siempre el intento de avanzar hacia la justificación de una teoría de los derechos de las minorías.

Pero no debemos desechar las certezas y experiencias acerca de las consecuencias negativas que produce la degradación o disolución de una cultura, ya que ello está en relación a la capacidad institucional de aplicar elecciones y acciones significativas sobre actores culturales que se ven afectados.

La esfera de aplicación de los derechos de las minorías, dentro de los de la educación bilingüe no es un tema menor puede leerse en los desarrollos de la filosofía política liberal contemporánea, pero también requiere una tarea interdisciplinaria, interinstitucional, que igualmente integre a los actores socio culturales involucrados, junto a los aportes de la antropología, la lingüística social y los especialistas en educación, que cumplen una función profesional y esclarecedora significativa.

Se propone entonces lograr compatibilizar los objetivos de los agentes de la justicia, garantes de la convivencia en una sociedad democrática y de los concededores de la diversidad".

Bibliografía

BONFIL BATALLA G.

1992 Identidad y Pluralismo Cultural en América Latina. Buenos Aires - San Juan. Fondo Editorial del CEHASS - Universidad de Puerto Rico.

CASTELLS M.

1983 Estado Cultura y Sociedad. En: Cultura y Sociedad. Una política de Promoción socio -cultural. Madrid. Ministerio de Cultura España.

GARRETA M.J.

1999 Las artesanías entre la tradición y 1a globalización. En: La Cultura en la sociedad democrática. Encuentro Nacional de Pensadores. Vol. 1. Buenos Aires. Secretaría de Cultura de la Nación. Argentina.

GARRETA M. J. Y C. BELLELLI. (comps.)

1999 La trama cultural, Textos de antropología y arqueología. Buenos Aires, Editorial Caligraf

GEERTZ C.

1996 Los usos de la diversidad. Barcelona. Editorial Paidós.

KROEBER, A. y C. KLUCKHOHN,

1952 Culture, a critical review on concepts and definitions. En: Papers of Peabody Museum of American Archeology and Ethnology, vol 47, nro 1 New York, Harvard University

MACRASSI C. (et.al.)

1986 Cultura y Civilización desde Sudamérica. Buenos Aires. Búsqueda Yuchán.

OLMOS, H.A. y R. SANTILLAN CÜEMES.

2000 Educar en Cultura, ensayos para una acción integrada. Buenos Aires Ediciones Ciccus

RORTY, R.

1996 Objetividad, relativismo y verdad. Barcelona. Editorial Paidós.

SANTILLAN GÜEMES R.

1985 Cultura Creación del Pueblo. Buenos Aires. Editorial Guadalupe.

SMITH, A.

1997 La identidad nacional. Madrid. Trama Editorial

(1) Mariano Juan Garreta es Lic. Cs. Antropológicas Facultad de Filosofía y Letras UBA. Profesor Asociado Regular. Evaluador Científico Tecnológico de la Agencia Nacional para la Promoción de la Ciencia y la Tecnología. Secretaría para la Tecnología, Ciencia e Innovación Productiva de la Presidencia de la Nación. Argentina

Fuente: Boletín del Programa Iberoamérica: Unidad cultural en la diversidad. Mayo 2000.

[en línea] <http://www.oei.es/cultura4.htm#debate>